
Harriet Martineau. Cómo observar la moral y las costumbres

Capitolina Díaz Martínez (ed.)

(Madrid, CIS, 2022. Clásicos del Pensamiento Social, 24)

La presentación de la obra de Harriet Martineau que nos hace Capitolina Díaz, se lee con deleite. Realmente apetece que no termine nunca, que nos siga ilustrando hasta la saciedad en el conocimiento de esta importante fundadora de la sociología que —precisamente en esta publicación— habla de la metodología, de la forma de estructurar el trabajo reflexivo sobre los elementos con que se empezaba a construir una nueva ciencia centrada en el análisis científico de la sociedad.

Se trata de una obra realmente pionera ya que quien la escribió fue contemporánea de los autores a quienes —desde una perspectiva androcéntrica— suele atribuirse la paternidad de la sociología moderna. Además, apareció en 1838 (como ella misma relata en su autobiografía¹), justo las fechas en las que habitualmente se sitúa el origen de la sociología, al ser el año en que Auguste Comte acuñó el término y comenzó a publicar² su *Curso de filosofía positiva* (traducido y editado por Harriet Martineau en 1853, magnífica colaboración que el propio Comte recomendaba).

Escrita como guía de trabajo previa para sus dos años de observación, entrevistas, estudio y redacción de *Society in America* (Martineau, 1937) y terminada de redactar a su vuelta a Inglaterra, incorpora en consecuencia puntos de vista sobre un país naciente, que enriquecen la visión eurocentrista de la época (no tanto la de Martineau, que por sus diversos estudios y viajes era ya realmente cosmopolita), recopilando y ampliando bajo los términos de moral y costumbres, las temáticas —o «hechos sociales» como casi cincuenta años después dirá Émile Durkheim— que hasta ese momento habían sido de su interés, la religión³ y la política económica especialmente.

¹ Hay referencias a una autobiografía de 1856, pero solo he podido encontrar el volumen II de la 7.ª edición de Maria Weston Chapman de 1877. Al parecer, en 1855 Harriet recayó en una antigua enfermedad tumoral y —creyendo que pronto moriría— escribió rápidamente su autobiografía en dos volúmenes, trabajo que quedó inalterado sin publicar hasta después de su muerte, en 1876, en que se completó con un tercer volumen de comentarios de Maria Weston.

² Iniciada en 1830, la obra se concluyó en 1842, publicándose en seis volúmenes con las lecciones impartidas por Comte en el Ateneo Real de París, durante el curso 1829-1830 (realmente el curso se inició en 1826 en su propio domicilio, con algunos estudiantes). El primer volumen lo dedicó a las matemáticas, el segundo a la física y la astronomía y el tercero a la química y la biología. El cuarto —publicado en 1939— explica la necesidad de una «física sobre la sociedad», apareciendo en 1842 los dos últimos volúmenes sobre la «dinámica social».

³ Los primeros escritos anónimos de Martineau de 1823 —en el repositorio mensual *Unitaristas* (revista política radical británica preocupada por el disenso racional, publicada entre 1806-1838)— fueron ejercicios devocionales y discursos, oraciones e himnos, siendo posteriormente el estudio de la religión una de sus temáticas centrales. Ello

Ella pensaba que los seres humanos afortunadamente no pueden vivir sin normas y que estas provienen principalmente de las creencias universales sobre el bien y el mal que surgen en todas partes, bajo la fuerte influencia de las circunstancias generales. «Cuando se asocia un sentimiento con estas normas, se convierten en una religión y esta religión es la esencia de todo cuanto se dice y se hace» (Martineau, 2022: 60).

Así, explica que, sin comprender las normas de una sociedad, no la entenderíamos:

Incluso aunque los tejados de todas las casas de la ciudad fueran transparentes y pudiera observar todo cuanto ocurre en cada salón, cocina y habitación de los niños en un radio de cinco millas, si no sabe ni siente nada por la religión⁴ de estas gentes, poco podrá aprender sobre ellas (Martineau, 2022: 61).

Siguiendo a Lengerman y Niebrugge (1998), *Cómo observar la moral y las costumbres* hace referencia a las ideas colectivas de una sociedad sobre las conductas prescritas y proscritas (*morals*) y a las acciones e interacciones, a las organizaciones sociales de cualquier tipo (*manners*).

Fue publicada en Londres como segundo volumen de *Cómo observar*, colección dirigida por Samuel Bentley con el objetivo de servir de orientación e introducción metodológica a diversas disciplinas científicas: geología (el primer volumen, publicado por Hery de la Bèche en 1835), historia natural, agricultura, bellas artes, estadística general y costumbres sociales (la obra que nos ocupa, publicada como segundo volumen por Harriet Martineau en 1838).

El texto está estructurado en tres apartados:

- Requisitos para la observación: filosóficos, morales y metodológicos.
- Qué observar:
 - La religión (iglesias, clero, supersticiones, suicidio).
 - Los valores morales generales (epitafios, arraigo a la familia y al lugar de nacimiento, conversación con personas ancianas y niños/as, características del orgullo predominante, características de ídolos populares, grandes hitos de la sociedad, trato a personas condenadas, testimonio de delincuentes, canciones populares, literatura y filosofía).
 - La vida doméstica (geografía del país, mercados, clases agrícola, manufacturera y comerciantes, salud, matrimonio y mujer, infancia).
 - La idea de libertad (policía, legislación, clases sociales, servicio, imitación de la metrópoli, periódicos, instituciones educativas, motivos y formas de persecución).
 - El progreso (condiciones necesarias para el progreso, caridad, arte e inventos, pluralidad de intereses).
 - El discurso.
- Metodología.

no es óbice para que, al final de su vida, dado su espíritu crítico, y tras viajar por países de muy diversas religiones (Egipto, Palestina, Siria, Irlanda), se confesara atea.

⁴ Habla de tres tipos de religiones no totalmente diferenciadas: licenciosas (veneran la naturaleza sin espiritualizarla y las pasiones primitivas humanas), ascéticas (rechazan la naturaleza) y moderadas (adoran la naturaleza espiritualizada). Estas últimas son las que más favorecen la democracia.

Capitolina Díaz, en su prólogo a la primera traducción al castellano, se centra fundamentalmente en la presentación de los aspectos metodológicos ya que —como muy acertadamente señala— el descubrimiento y la descripción de los principales analizadores de la realidad social, mediante los que *the traveler* («quien viaja», asimilable a sociólogo/a, a sujeto epistémico) ha de filtrar los fenómenos sociales hasta convertirlos en sociológicamente relevantes, es la principal aportación de Harriet Martineau en esta trascendental obra. Con ello consigue dar el salto desde la filosofía social hasta la sociología. Efectivamente, el uso riguroso de la metodología será lo que separe la especulación filosófica de la naciente ciencia social. El sometimiento de las reflexiones filosóficas a una comprobación rigurosa será la clave que reconvierta los nuevos hallazgos en ciencia, sacándolos de las pantanosas nebulosas filosóficas.

Siguiendo con el acercamiento de Capitolina, el empirismo de Martineau, siendo evidentemente positivista, no deja de ser también crítico y relativista al establecer cómo, en cualquier observación, hay dos partes claras y distintas que actúan con agencia propia: quién o quiénes observan y, el o los fenómenos observados. Ambas interactúan en un entorno complejo —siendo por tanto realidades situadas, enclavadas en un paisaje natural o entorno físico— sobre el que existen múltiples perspectivas. En consecuencia, la total objetividad a lo largo del proceso de investigación es inalcanzable. Ello lo detecta con facilidad al prevenir los sesgos inconscientes que —sin duda— surgirán al adentrarse en una nueva sociedad, alertándonos de cómo los conocimientos previos, sin duda, contaminarán la observación si no la ampliamos y contrastamos continuamente. De ahí la necesidad de generalizar con prudencia, de juzgar con los ojos del juicio y de entrenarnos en la comprensión.

Aconseja Martineau trabajar sin prisas, desviarse si es necesario del camino original y abrirse a cualquier importante novedad imprevista, superando el desasosiego que producen los hechos desconocidos, para no llegar a conclusiones precipitadas sobre la relevancia de estas novedades, que podrían sesgar posteriores observaciones. Asimismo, recalca la importancia de conocer la lengua de las personas analizadas, sin darle a las palabras mayor interpretación académica que la que realmente tienen en su contexto. Habla de la utilidad de llevar un diario y un cuaderno de notas para no olvidar ni confundir los datos, entrevistar sin intimidar (anotando después, pero cuanto antes, la información), reevaluar frecuentemente los protocolos, elaborar tipologías, establecer indicadores y realizar un resumen vívido en los informes de resultados.

Tras analizar los requisitos para la observación, el primer paso que propone es centrarse en las *things* —las «cosas» o los hechos que encarnen la mentalidad común de un grupo— antes que en las personas. En este proceso utiliza los discursos⁵, pero no como medio para obtener certezas, sino como comentario sobre ellas, al no saber en principio si las personas que los emiten son o no realmente representativas. Esas «cosas», no son más que un anticipo de lo que —como ya hemos comentado más arriba— Durkheim definirá en 1895 como «hechos relevantes», autoría que, a él, pese a definirlo con posterioridad, sí se le ha reconocido.

A continuación, busca las «cosas» relevantes en cualquier tipo de registro formal⁶, considerando que las instituciones representan el lado más fidedigno y genérico de las voces

⁵ Entrevistó, tanto a personas en principio relevantes como jueces, directores de periódicos, sacerdotes, o un expresidente de gobierno (James Madison), como a personas humildes: esclavas o liberadas, presidiarias, enfermas, hombres y mujeres de clases diversas en sus distintos ámbitos domésticos.

⁶ El Parlamento, todo tipo de censos y registros, lápidas, epitafios, cárceles, hospitales psiquiátricos, escuelas, iglesias, hogares, mítines electorales, centros turísticos, fiestas y canciones populares, etc.

individuales, siendo por tanto más fiables que una entrevista. Aquí también recomienda cautela ante la posible parcialidad de, por ejemplo, los registros de asociaciones u organizaciones religiosas.

Es muy interesante y vanguardista para la época que Martineau contemplara la vida doméstica, las mujeres, las personas ancianas, enfermas y la infancia como objetos de estudio primordiales para conocer una sociedad. En esto es nuevamente pionera, en esta ocasión en los acercamientos sociológicos al género, ya que solo hace pocas décadas que se comenzó a indagar en la vida privada desde los estudios sobre economía feminista y usos del tiempo. No solo pregunta si hay mujeres, sino que además le interesa saber en qué proporción y con qué grados de libertad, preocupándose por su lugar subordinado en el matrimonio y por sus posibilidades de promoción, interesándose también por lo que ella llamó violencia doméstica.

Quando se reconoce la fuerza moral como aquella que impulsa la sociedad, se deduce que la situación de la mujer debe elevarse, que tendrá a su disposición nuevas actividades y disciplinas más amplias y potentes en que emplear sus capacidades (Martineau, 2022: 52).

Aunque duda de la hipótesis de la existencia de una conciencia moral universal e infalible —aduce que la humanidad siempre ha estado lejos de un acuerdo respecto a lo que está bien y mal, dadas las grandes diferencias entre las distintas épocas y naciones— piensa que sí hay ciertas ideas universales, unas normas generales que rigen algunas partes de la vida humana, relacionadas con el grado relativo de felicidad que producen. «Evaluar la moral y costumbres de una nación conforme a las bases de la felicidad humana es dar en el blanco y ver las cosas como son» (Martineau, 2020: 35). En este sentido, cree que una sociedad será moralmente más avanzada cuanto más se afiance en los valores democráticos basados en la meritocracia, el esfuerzo individual, la educación y el trato igualitario, cuando el reconocimiento intelectual supere al suscitado por la riqueza, cuanto más favorezca el bienestar y la libertad de su ciudadanía y menor sea su nivel de violencia doméstica, considerando la delincuencia una deshonra comunitaria.

[...] las características de una sociedad deben buscarse en las ideas dominantes e interacciones habituales más sensatas y agradables, en vez de en las vergonzosas que son comunes a todas ellas [...]. Situarse en la cima más alta es la mejor forma de obtener una visión general acertada a la hora de observar tanto una sociedad como una ciudad (Martineau, 2020: 64).

Con la firme convicción de que las virtudes y vicios predominantes son el resultado de grandes influencias generales, piensa con gran optimismo que, si bien cada sociedad se encuentra en diferentes momentos en su camino hacia el progreso y las virtudes igualitarias, acabarán copiando unas lo mejor de las otras.

Para conocer hasta qué grado una sociedad progresa hacia una mayor fuerza moral, propone un eje de análisis principal que denomina «Grado de Dominación» con tres requisitos —Imparcialidad, Crítica y Empatía— a observar siguiendo a su vez tres criterios:

- Condiciones de los menos poderosos (mujeres, personas enfermas o sin recursos, etc.).
- Idea de libertad y actitudes hacia la autoridad y la autonomía personal.
- Evolución social, en el sentido de proveer medios para lograr personas independientes.

Ciertamente, no cabe la menor duda de que Harriet Martineau fue una de las principales fundadoras de la sociología. Contemporánea de Augusto Comte en su acercamiento al positivismo, utilizó el método científico para lograr convertir los estudios sobre la sociedad en Ciencia con mayúsculas. Y ello sin mantener posturas radicales, ya que igualmente abogó por el relativismo al considerar los límites de la objetividad.

No solo anticipó casi medio siglo muchas de las temáticas abordadas por Durkheim (los hechos sociales y el suicidio), también fue pionera de la sociología del género (estudió a las mujeres, sus ocupaciones y la violencia doméstica), de la perspectiva ecológica (recalcó el valor de la mirada geológica y geográfica) y de las reformas penitenciarias (consideró la maldad como debilidad y desdicha, proponiendo convertir las cárceles en hospitales donde curar las enfermedades morales).

Por todas estas razones —como madre fundadora de la sociología (Madoo y Niebrugge, 1998; González de la Fe, 2018)— merece también con todo derecho un lugar entre sus colegas a quienes ya la historia de la disciplina inmortalizó.

BIBLIOGRAFÍA

- Comte, Auguste (1830). *Cours de philosophie positive*. (Tome Premier). Paris: Rouen Frères, Libraires-Éditeurs.
- Comte, Auguste (1853). *The Positive Philosophy of Auguste Comte*. Traducción de Harriet Martineau. (2 Vol.). London: J. Chapman. (Wentworth Press, 2018).
- Comte, Auguste (1856). *Social Physics: From the Positive Philosophy of Auguste Comte*. New York: Calvin Blanchard. Madrid: Akal, 2012 (original: 1839-1842).
- Durkheim, Émile (1895). *Les règles de la méthode sociologique*. Paris: Librairie Félix Alcan. (Madrid: Akal 2001).
- Durkheim, Émile (1897). *Le suicide. Étude de Sociologie*. Paris: Félix Alcán. (Madrid: Akal, 2008).
- González de la Fe, Teresa (2018). «Harriet Martineau, “Madre fundadora” de la Sociología». *Revista Atlántida*, 9: 187-189.
- Martineau, Harriet (1937). *Society in America*. (III Vol.). London: Saunders and Otley. (Cambridge University Press, 2001).
- Martineau, Harriet (1838). *How to Observe: Morals and Manners*. London: Charles Knight and Cia. (Whitefish, Montana: Kessinger Publishing, 2005).
- Martineau, Harriet (2022). *Cómo observar la moral y las costumbres*. Edición a cargo de Capitolina Díaz Martínez. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Madoo Lengerman, Patricia y Niebrugge, Gillian (1998). *The Women Founders. Sociology and Social Theory 1830-1930*. Boston: McGraw Hill.
- Weston Chapman, Maria (ed.) (1877) [1856]. *Harriet Martineau's Autobiography*. (Vol. II). Boston: Houghton, Mifflin and Company. (7.ª ed.).

por Ana GUIL BOZAL
Universidad de Sevilla
anaguil@us.es